

mas da del alma la quietud, la sana
fuerza tranquila.

El alma noble que bebió, no busca
falsa ventura de tesoro y pompa;
en la fortuna y la desgracia, dicha
guarda segura.

Fuerte, serena, inviolable guarda
la única dicha que no huye; eterna
santa riqueza, si naufraga todo,
flota en las ondas.

¡Ah! Suba otro á la región que habitan
sórdidas ansias, con afán sediento;
negros insomnios que en colchón de plumas
ponen espinas.

Vaya á las plazas donde turba hirviente,
lucha y se estruja disputando presas
que la fortuna, por escarnio, lanza
al polvo humano.

Pueda yo á sombra del nativo bosque
juicio y belleza, hermanar, poeta;
juicio y belleza que á tu lira forman
bella alianza.

Si, que en tus odas madurez alegre
guía la danza de gentiles versos;
danza de Ninfas el senil Sileno
así guiaba.

Ellas, airosas y formando corro
daban al ritmo la ligera planta;
reían las gracias... y volaba pura
aura di vina.

JOSÉ PÉREZ HERVÁS.

Bequerianas:

Del salón en el ángulo obscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas

esperando la mano de nieve
que sabe arrancarla!

¡Ay, pensé!, ¡cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: «¡Levántate y anda!»

Asomaba á sus ojos una lágrima,
y á mi labio una frase de perdón;
habló el orgullo y se enjugó su llanto,
y la frase en mis labios expiró.

Yo voy por un camino, ella por otro;
pero al pensar en nuestro mutuo amor
yo digo aún: «¿por qué callé aquel día?»
Y ella dirá: «¿por qué no lloré yo?»

Yo me he asomado á las profundas simas
de la tierra y el cielo,
y les he visto el fin, ó con los ojos
ó con el pensamiento.

Mas ¡ay! de un corazón llegué al abismo,
y me incliné por verlo,
y mi alma y mis ojos se turbaron:
¡tan hondo era y tan negro!

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos á colgar,
y otra vez, con el ala á sus cristales
jugando llamarán.

Pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha á contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nombres...
ésas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madre selvas
de tu jardín las tapias á escalar,
y otra vez á la tarde, aun más hermosas
sus flores se abrirán;

pero aquellas cuajadas de rocío,
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer como lágrimas del día...
ésas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
 las palabras ardientes á sonar;
 tu corazón de su profundo sueño
 tal vez despertará;
 pero mudo y absorto y de rodillas,
 como se adora á Dios ante su altar,
 como yo te he querido... desengáñate,
 ¡así no te querrán!

GUSTAVO A. BECQUER.

INSPIRACIÓN

(Escrita durante el eclipse total de sol de 30 de Agosto 1905)

¡Horror! ¡horror! que se ennegrece el cielo,
 la no esperada noche
 con alas vengadoras de exterminio
 desciende presurosa de los montes.

Esa sombra que avanza cual fantasma
 terrores presagiando
 va á unir el cielo con la tierra umbría
 á un agitar de su gigante mano.

¡Mirad cómo recorre los espacios!,
 temblad que ya se acerca...
 al sol vistió de luto, y á llorarle
 han salido temblando las estrellas.

¿Do el día pereció con sus fulgores
 do su potente vida,
 que, débil ya, sus luces ha cambiado
 en sombras y tinieblas infinitas?

Van mudando mil tintes irisados
 los montes y los valles,
 y espantadas alean á los nidos
 con trémulo volar las raudas aves.

El generoso bruto ha detenido
 su rápido galope;
 relinchando, en ardientes resoplidos
 enciende las tinieblas de la noche.

Al ver ya muerto el sol, en su alta cumbre
 del mar mugen las olas
 y de las altas torres se han lanzado
 los pájaros que reinan en las sombras.

Hanse helado los sones que salían
 de pastoril zampoña,
 y con rocío insólito caído
 han mojado las flores sus corolas.

De su cubil la fiera, resoplando
 hase lanzado al bosque;
 y en los estanques los inquietos peces
 sumérgense ocultando sus colores.

¿Qué angustia extraña el ánimo del hombre
 y corazón oprime?
 ¿Qué extraño frío por las venas corre
 y á nuestros pechos la alegría impide?

Esa sublime y rápida mudanza
 con que cambió Natura,
 decoración fatídica parece
 alumbrada con rayos de la luna.

¡Ese cono de sombra que ha sumido
 la tierra en mil temores
 ha entristecido al universo entero
 y acongojado el ánimo del hombre!

Mas ya pasó, la noche repentina
 del valle retiróse,
 y el bruto, la mefena dando al viento
 reanudó fogoso su galope.

De sol iluminados los espacios
 los pájaros recorren

y nuevamente pastoril zampoña
las forestas alegre con sus sonos.

Ha tornado la fiera á su manida
y en saltos juguetones
los peces en las aguas la luz cambian
vistiéndose del iris los colores.

En el fulgente cielo de azul puro,
cual si fuesen mil soles,
cantan del día el himno venturoso
los destellos del sol con sus fulgores.

Ese sol, que de nuevo ha relumbrado,
ha pintado las flores,
ha vuelto al universo su alegría
y ha dado paz al ánimo del hombre.

*¿Por qué temblar si el sol de nuestra vida
se eclipsa en una noche?
Pasará de la sombra el triste como
y otra vez lucirán sus esplendores.*

JOSÉ PÉREZ HERVÁS.

Letrillas:

*En el almoneda
ten la barba queda.*

Mancebo orgulloso,
que aunque barbas peines,
es tu edad tan corta
como tu experiencia,
ni en amor confíes
ni en mujeres creas
que su fe es fingida
y su ley es secta.
Olvidadas quieren,
queridas desprecian,
lo bueno aborrecen,
lo malo desean.
Son Julio en calor,

Octubre en tibieza,
Febrero en mudanza
y Marzo en la vuelta.
Son quien de ellas hace
amor almoneda;
con lascivo engaño
á verlas se lleva.

En el almoneda, etc.

Hallarás figuras,
en Damasco hechas,
quiero decir damas
que es un asco vellás.
Verás transformada
en blanca una negra
que lo que parece
no darás por ella.
Verás convertidas
en rubias mil trenzas,
que las martirizan
porque se conviertan.
Hallarás de dientes
algunas aceras,
con vecinos nuevos,
que el arte los puebla
advertido de esto,
mira lo que mercas;
y porque después
no te tires de ella,

En el almoneda, etc.

Doncella hallarás
que ya ha sido suegra,
y con todo aqueso,
quiere ser doncella.
Casada hay que libra
en sí misma letras
para el mismo día
que á caer la llevan.
Viudas de Siqueo
hay que á quien las ruega
solamente el sí

tienen de Siqueas.
Hallarás allí
mil sueltas solteras,
que si el mal es patria,
son finas francesas.
Estas y otras cosas
similes á éstas
verás por el tiempo
que durare el verlas.
*En el almoneda
ten la barba queda.*

LUIS DE GÓNGORA.

La morena hermosa
que yendo á la fuente
perdió los zarcillos,
¿qué pena merece?

Dióme mi velado,
hoy hace tres meses,
zarcillos dorados
con dos mil sainetes.

Dos candados eran
para que no oyese
palabras de amores
que otros me dijese.

Perdílos lavando:
¿qué dirá mi ausente,
sino que son unas
todas las mujeres?

Dirá que no quise
candados que cierren
con guardas que nunca
permiten romperse;
ni de oídos mudos
los acentos fieles,
sino llaves falsas,
que abren con reveses.

Dirá que así escucho
cuantos van y vienen,

y que á pocas vueltas
toda soy vaivenes.

Dirá que es mi gusto
cuanto el gusto ofrece;
el domingo en fiesta,
en mercado el jueves;
que mi fe se viste
de muchos dobleces,
y que somos unas
todas las mujeres.

Dirá que su amor
prendí en alfileres,
que contra su pecho
flecha on cruces;
cuando en sus finezas
cada día prende
mayores afectos,
deseos más fieles.

Dirá que no son
estos accidentes
nuevos en nosotras,
y que los entiende:

Porque una centella
mucha llama emprende
donde sopla el viento
de algún interese;

Y que el humo apenas
hay á quien no ciegue,
porque ya encendido,
tarde se resuelve.

Mas cuando lo diga
le diré que miente;
y que no son unas
todas las mujeres;
y que más estimo
su cabaña y bueyes
que el palacio y coches
de los grandes reyes.

Diré que los chopos
de su dulce albergue

son de mi esperanza
frondosos doseles:
que las majestades
no se adoran siempre
á fuer de las luces,
por lo que parecen;
que él es mi corona,
en quien mi amor tiene
cuanto fructifica
el mayo y florece:
cuanto el mar esconde
y el arado hiende,
peinando la tierra
con su corvo diente;
cuanto mira el sol
desde que amanece
hasta donde el día
en las onda muere;
que mi dulce fe
suya será siempre,
y que no son unas
todas las mujeres.

F. DE TRILLO Y FIGUEROA.

Epitafio:

Gusanos de la tierra,
comen el cuerpo que este mármol cierra;
mas los de la conciencia en esta calma,
hartos del cuerpo comen ya del alma.

QUEVEDO.

Anacreónticas:

Viendo el Amor un día
que mil lindas zagalas
huían dél medrosas
por mirarle con armas,
dicen que de picado
les juró la venganza,

y una burla les hizo,
como suya, extremada.
Tornóse en mariposa,
los bracitos en alas,
y los pies ternezuelos
en patitas doradas.
¡Oh!, ¡qué bien que parece!
¡oh!, ¡qué suelto que vaga,
y ante el sol hace alarde
de su púrpura y nácar!
Ya en el valle se pierde,
ya en una flor se para,
ya otra besa festivo
y otra ronda y halaga.
Las zagalas, al verle,
por sus vuelos y gracia
mariposa le juzgan
y en seguirle no tardan.
Una á cogerle llega,
y él la burla y se escapa;
otra en pos va corriendo,
y otra simple le llama;
despertando al bullicio
de tan loca algazara
en sus pechos incautos
la ternura más grata.
Ya que juntas las mira
dando alegres risadas,
súbito amor se muestra
y á todas las abraza.
Mas las alas ligeras
en los hombros por gala
se guardó el fermentido,
y así á todos alcanza.
También de mariposa
le quedó la inconstancia:
llega, hiere y de un pecho
á herir otro se pasa.

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS.

Arpegios:

A MI AMIGO D. JOSÉ MARÍA DALMAU
EN LA MUERTE DE SU HERMANA MARÍA, 28 JUNIO 1906

Tiene la Virgen en la gloria un coro
de niñas como el oro
y cual la nieve blancas y doradas,
de luz perenne y claridad vestidas,
que á la frente ceñidas
llevan de castidad y amor lazadas.

Son escogidas todas; su hermosura
es la que siempre dura,
encanto de los ojos celestiales;
los suyos son de perlas transparentes,
de cambiantes lúcentes
cual nunca jamás vieron los mortales.

Son niñas, puras vírgenes que el suelo
habitaron cual cielo;
cruzándole en tan rápida carrera
que con sus alas nubes ni rozaron
la tierra que pisaron
hasta lanzarse á la inmortal esfera.

Llevaron cual su Reina santa y pia
el nombre de María;
Marías hoy las llaman los Querubens:
y á veces en el cielo desplegado
se las ve, cual dorado
esplendor que vacila entre las nubes.

Cuando el Cordero eterno y poderoso
pasea victorioso
de los cielos las salas extendidas,
María de su trono se levanta,
con ellas se adelanta,
y quedan las estrellas encendidas

De su Reina formadas cabe el manto
entonan nuevo canto,
nuevo canto, que es nuevo cada día:
los vírgenes lo cantan solamente
y luego dulcemente,
canta el virgíneo coro de María.

.....
Ayer, amigo mío, voz canora,
del cielo moradora
juntó por vez primera su armonía
al coro de las vírgenes sagradas
que oyéronla arrobadas;
.....
era la voz de tu infantil María.

JOSÉ PÉREZ HERVÁS.

Cantinelas:

Pastorcito del alma,
no me abandones;
que cercan mi camino
mil salteadores.

Esta selva vecina
llena está de leones,
y sus fieros rugidos
estremecen los bosques.

¡Ay qué difícil!
¡ay qué intrincada!
es esta senda toda
¡pastor del alma!

Fatigada y rendida,
quiero sentarme,
pero temo traiciones
por todas partes.

¡Ay de mí, desdichada,
misera pastorcilla,
que mi amante me deja
entregada á mí misma!

Sufro cuitada
mi cruda suerte,
y sólo gozo ¡ay triste!
sombros de muerte.

MANUEL M. DE ARJONA.

Coplas:

I

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte,
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando.
Cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado
da dolor:
cómo, á nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

II

Pues que vemos lo presente
cuán en un punto ses ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado.
No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
mas qué duró lo que vió,
Pues que todo ha de pasar
por tal manera.

III

Nuestras vidas son los ríos
que van á dar en la mar,
que es el morir.
Allí van los señoríos
derechos á se acabar
y consumir.
Allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos.
Allegados son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.

IV

Dexo las invocaciones
de los famosos poetas
y oradores;
no curo de sus ficciones.
que traen yerbas secretas
sus sabores.
A aquel sólo me encomiendo,
á aquel sólo invoco yo
de verdad,
que en este mundo viviendo,
el mundo no conoció
su deidad.

V

Este mundo es el camino
para el otro, que es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.
Partimos quando nacemos,

andamos quando vivimos,
y allegamos
al tiempo que fenecemos:
así que quando morimos
descansamos.

.....
JORGE MANRIQUE.

Sátira:

RIESGOS DEL MATRIMONIO

¿Por qué mi musa descompuesta y bronca
despiertas, Polo, del antiguo sueño,
en cuyos brazos descuidada ronca?

¿No ves que el lauro le trocó en beleño,
y que deja el velar para las grullas,
y ya es letargo el que antes era ceño?

Pues si lo ves, ¿por qué gruñendo aúllas?
que si despierta y deja la modorra,
imposible será que te escabullas.

Mira, que ya mi pluma volar horra
puede, y que libre te dará tal zurra,
que no la cubra pelo, seda ó borra.

Obligado me has á que me aburra,
y que á tu carta, ó maldición responda.
Sin duda ya la oreja te susurra.

¿He yo burlado á tu mujer oronda?
¿He aclarado el secreto de la penca?
¿Llevé tu hija robada á Trapisonada?

¿Quemé yo tus abuelos sobre Cuenca,
que en polvo sirven ya de salvaderas,
aunque pese á la sórdida Zellenca?

Pues si de estas desgracias verdaderas
no tengo yo la culpa, ni del daño
que eternamente por su medio esperas;

Dime, ¿por qué con modo tan extraño
procuras mi deshonra y desventura,
tratando fiero de casarme hogañó?

Antes para mi entierro venga el cura
que para desposarme; antes me velen
por vecino á la muerte y sepultura.

Antes con mil esposas me encarcelen,
que aquesta tome; y antes que sí diga,
la lengua y las palabras se me hielen.

Antes que yo le dé mi mano amiga,
me pase el pecho una enemiga mano;
y antes que el yugo, que las almas liga,
mi cuello abraçe, el bárbaro Otomano
me ponga el suyo, y sirva yo á sus robos,
y no consienta el himéneo tirano.

Eso de casamientos, á los bobos,
y á los que en ti no están escarmentados,
simples corderos que degüellan lobos.

A los hombres que están desesperados,
cásalos, en lugar de darles sogas:
morirán poco menos que ahorcados.

No quieras que en el remo donde bogas,
haya, por consolarte, otro remero,
y que se ahogue donde tú te ahogas.

Sólo se casa ya algún zapatero,
porque á la obra ayudan las mujeres,
y ellas ganan con carnes, si él con cuero.

Los siempre condenados mercaderes
mujeres toman ya por granjería,
como toman agujas y alfileres.

Dicen que es la mejor mercadería,
porque la venden, y se queda en casa,
y lo demás vendido se desvía.

El grave regidor también se casa,
por poner tasa á lo que venden todos,
y tener cosa que vender sin tasa.

También se casan los soberbios godos,
porque también suceden desventuras
á los magnates por ocultos modos.

Cásanse los roperos tan á obscuras,
como ellos venden siempre los vestidos:
ellas desnudas venden las hechuras.

Cásanse los vergudos abatidos

con mujeres, por ser del mismo oficio,
que atormentan del alma los sentidos.

El médico se casa de artificio,
por si cosa tan pérfida acabase,
é hiciese al hombre tanto beneficio.

Y él solo será justo que se case,
para que ambos den muerte á sus mitades:
¡así la tierra de ambos se aliviase!

Cásanse los letrados dignidades,
para que á sus mujeres con jasones
puedan también juntarse los abades.

Con las espinas hacen los cambrones
también sus matrimonios cortesanos
(que ambos desnudan) porque el tuyo abones.

También los siempre inicuos escribanos,
por ahorrar el gasto del tintero,
dan con la pluma á su mujer las manos.

Ya he visto yo volar un buey ligero
en uno de éstos, que de plumas suyas
alas formó sutiles de jilguero.

Déjame, pues, vivir, no me destruyas,
ya que de mi pasión y mi tormento,
caté las celebradas aleluyas.

Quiero contar con tu licencia un cuento,
de un filósofo antiguo celebrado,
por ser cosa que toca á casamiento.

Vivió infinitos años encontrado
con otro sabio, y nunca había podido
vengar en él el corazón airado.

Al cabo vino hallarse muy corrido,
en ver á su contrario siempre fuerte
y en tanto tiempo nunca de él vencido.

Ultimamente le ordenó la muerte,
y al fin como traidor vino á engañalle,
y pudo de él vengarse de esta suerte.

Una hija tenía de buen talle,
hermosa y pulidísima doncella;
y ordenó con aquesta de casalle.

Fingió hacer amistades, y con ella
dejar el pacto siempre asegurado:

aficionóse el enemigo de ella.

¡Oh, gran poder de amor!, enamorado
contento á casa la llevó consigo:
casóse con la moza el desdichado.

Después culpando al sabio cierto amigo
la ignorancia cruel y el yerro extraño
que hizo en dar su hija á su enemigo,

él respondió: no entiendes el engaño,
pues por vengarme del contrario mío,
le di mujer, del mundo el mayor daño.

Así, que por contrario de más brío
tengo, Polo cruel, al que me casa,
que al que al campo me saca en desafío.

Júzgalo, pue , que puedes por tu casa,
fiero atril de San Lucas, cuando bramas,
obligado del mal que por ti pasa.

Los hombres que se casan con las damas,
son los que quieren ver de caballeros
sillas en casa llenas, llenas camas;

ver, sin saber de dónde los dineros;
que los lleven en medio los señores,
que los quiten los grandes los sombreros.

Que los curen de balde los doctores,
que les hagan más plaza aun que al toro,
que les traten de vos los senadores.

Gustan de ver la rica joya de oro
en su mujeres, nunca preguntando:
¿qué duende fué el que trujo este tesoro?

Quieren que les estén continuo dando,
y hasta las capas piden como bueyes,
que presos con maroma están bramando.

Privados suelen ser también de reyes,
porque de sus mujeres son privados,
y éstos como camisas mudan leyes.

Pues si aquesto sucede en los casados,
¿por qué han de procurar hembras crueles,
ni yo, ni los que están escarmentados?

Si me quiero ahorcar, ¿no habrá cordeles?
¿Faltarán, que me acaben, desventuras?
¿Tósigo no hallaré, veneno y hicles?

Si quiero desterrarme, habrá espesuras,
y si desesperado, despeñarme,
montes altos tendré con peñas duras.

Pues bien, si con intento de acabarme,
me aliñas de mujer la amarga suerte,
no la he ya menester para matarme.

En cuantas cosas hay, hallo la muerte;
en la mujer la muerte y el infierno,
y fin más duro y triste, si se advierte.

Más quiero estarme helando en el invierno
sin la mujer, que ardiendo en el verano,
cercado el rostro de caliente cuerno.

Si tu fueras, oh Polo, buen cristiano,
pensara que el casarme lo hacías
reputándome á mi por luterano,

Y que por castigar blasfemias mías,
querrías ponerme tal verdugo al lado,
que atormentase mis caducos días.

Y á casarme, casárame fiado,
de que estándolo tanto tus parientes,
habréis las malas hembras agotado.

Ya te pesa de verte entre mis dientes,
ya te arrepientes del pasado hierro,
ya vuelves contra mi cuernos valientes.

Ya por tanto ladrar me llamas perro:
yo cuelgo, cual alano, de tu oreja,
y tú bramando, erizas frente y cerro.

¡Qué á propósito viene la conseja,
que del cínico Diógenes famoso
quiero contarte, aunque parezca vieja!

Yendo camino un día presuroso,
vió una mujer bellísima ahorcada
de las ramas de un álamo pomposo.

Y después que la tuvo bien mirada,
con lengua, como siempre disoluta,
dijo: «Digna razón de ser contada:

si llevaran de aquesta misma fruta
cuantos árboles hay, más estimadas
fueran sus ramas de la gente astuta.»

¡Qué razones tan bien consideradas!

A ser como él y yo toda la gente,
ya estarían las tristes ahorcadas.

Viviera el hombre más seguramente
sin tener enemigos tan mortales;
volviera el siglo de oro á nuestro Oriente.

Dirásme tú que hay muchas principales;
y que hay rosa también donde hay espina,
que no á todas las vencen cuatro reales.

En Claudio te responde Mesalina,
mujer de un grande emperador de Roma,
que al adulterio la mejor se inclina.

¡Cuándo insolencia tal hubo en Sodomal
en viendo al claro emperador dormido,
cuyo poder el mundo rige y doma,

la emperatriz tomando otro vestido,
se iba á la caliente mancebía,
con el nombre y el hábito fingido!

Y en entrando, los pechos descubría,
y al delcete lascivo se guisaba,
así que á las demás empobrecía.

El precio infame y vil regateaba,
hasta que el taita de las hienas brutas
á recoger el cimbalo tocaba.

Todas las celdas y asquerosas grutas
cerraban antes que ella su aposento,
siempre con apariencias disolutas.

Hecho había arrepentir á más de ciento,
cuando cansada se iba, más no harta
del adúltero y sucio movimiento.

Mas por no hacer ya libro lo que es carta,
dejo de meretricias dignidades
y de cornudos nobles luenga sarta.

Mal haya aquel que fia en calidades,
pues cabe en carne obscura sangre clara,
y en muy graves mujeres liviandades.

Ni aun sin culpa algún olmo se casara,
con la lasciva vid, si á sinrazones
también el sentimiento no negara.

Pues sólo á disculpar los bujarrones
no ha de bastar huir de las mujeres,

ni quieren admitirlo los tizonés.

Dirás que no hay contentos ni placeres
en donde no hay mujer, y que sin ella
con soledad enfermo y sano mueres.

Que es gran gusto abrazar una doncella,
y hacerla madre del primer boleo,
gozando de la cosa que es más bella.

Pues yo te juro, Polo, que desco
ver desde que nací virgos y diablos,
y ni los diablos ni los virgos veo.

Demonios veo pintados en retablos;
y de caseros virgos contrahechos
lentos palacios, llenos los establos.

Los casados estáis muy satisfechos
en el talle gentil, en el regalo;
y en el entendimiento los mal hechos.

Fiase en la riqueza el hombre malo,
en el caudal el mercader judío,
el alguacil confiase en su palo.

Pero de estas fianzas yo me río,
pues veo que la mujer del perezoso
suele curiosa ser del de buen brío.

La que tiene el marido bullicioso
imagina cómo es el sosegado,
y cómo el fiero, si es el suyo hermoso.

La mujer del soberbio titulado
desea comunicar al pordiosero,
desea la del dichoso al desdichado.

La que goza del tierno caballero
apetece los duros ganapanes,
y á cansar un gañán se atreve entero.

La que goza valientes capitanes
se enamora de liebres, y aun de zorras;
y si títeres son, de sacristanes.

Quiero callar, que temo que te corras,
aunque con tu paciencia bien se sabe
que el timbre suyo á los cabestros borras.

Ya escucho que te ries de que alabe
mi desprecio, y que á ti dices respecta
el caballero más altivo y grave.

No entiendes, no, la poco honrosa treta:
eres como el asnillo de Isis santa,
cuando el honor de la deidad aceta.

Pues viendo arrodillada gente tanta,
que su llegada solamente espera,
y que éste alegre danza y aquél canta,
se para, hasta que á fuerza de madera
con los palos trasforman el jumento
en ave velocísima y ligera

Diciendo: Este divino acatamiento
no se hace á ti, sino á la excelsa diosa,
que encima va con tardo movimiento.

Así que la persona poderosa
no ha de hacer honra á aquel que ha deshonrado;
á su mujer la hace, que es hermosa.

Y si por ti la tomas, desdichado,
vendráte á suceder lo que al borrico,
y serás tras cornudo apaleado.

Si yo quisiera ser, Polo, más rico,
tener mayor ajuar ó más dinero
pues no puedo valerme por el pico,
¿cómo me había de hacer bodeguero
para guisar y hacer desaguisados,
ó para vender agua tabernero,

ó para aprovechar los ahorcados
vil pastelero, ó ginovés harpía
para hacer que un real para ducados?
el triste casamiento elegiría
cual tú lo hiciste, pues con él granjeas
por la más ordinaria y fácil vía.

Y por si acaso, Polo, aun hoy empleas
tu mujer en mohatras semejantes,
quiero que mis astutos versos leas.

No tengas celos de hombres caminantes,
ni aun de soldados, gente arrebatada,
ni aun de los bizcos, condes vergonzantes.

Que el caminante he de dejar la espada
para gozar de tu mujer vendida;
y la golilla el conde, si le agrada.

Sólo te has de guardar toda tu vida

del perverso estudiante, como roca
en su descomunal arremetida.

Este con furia descompuesta y loca,
por no quitarse nada, se arremanga
las, Dios nos libre, faldas con la boca.

Si tu vienes, las suelta; y muy de manga
con tu mujer maquinará ingenioso
trampa que obre á desmentir la ganga.

Ya me falta el aliento presuroso,
y ya mi lengua de ladrar causada,
se duerme entre los dientes con reposo.

Mas porque no la llames mal criada,
quiere, aunque disgustada, responderte
á tu carta satírica y pesada.

Ya empiezas á temer el trance fuerte,
y tiemblas más mi lengua y sus razones,
que la corva guadaña de la muerte.

Con una cruz empiezan tus renglones
yo pienso que la envías por retrato
de la fiera mujer que me dispones.

Luego, tras uno y otro garabato,
me llamas libre, porque no te escribo,
áspero, duro, zahareño, ingrato.

Dices que te responda, si estoy vivo:
si lo debo de estar, pues tanto siento
la amarga hiel que en tu papel recibo.

Ofrécesme un soberbio casamiento,
sin ver que el ser soberbio es gran pecado,
y que es humilde mi cristiano intento.

Escribes que por verme sosegado
y fuera de este mundo, quieres darme
una mujer de prendas y de estado.

Bien haces, pues que sabes que el matarme,
para sacarme de este mundo importa,
y el morir se asegura con casarme.

Dícesme que la vida es leve y corta,
y que es la sucesión más dulce y suave,
y al matrimonio Cristo nos exhorta;

que no ha de ser el hombre cual la nave
que pasa sin dejar rastro ni seña,

ó como en el ligero viento el ave.

¡Oh, si aunque yo apagase el fuego y leña,
te viese arder, infame, en mi presencia,
y en la de tu mujer que te desdeña!

Yo confieso que Cristo da excelencia
al matrimonio santo, y que le aprueba;
que Dios siempre aprobó la penitencia.

Confieso que en los hijos se renueva
el cano padre para nueva historia,
y que memoria deja de sí nueva.

Pero para dejar esta memoria,
le dejan voluntad y entendimiento,
y verdadera por soñada gloria.

Dices que para aqueste casamiento
una mujer riquísima se halla
con el de grandes joyas ornamento.

Has hecho mal ¡oh mísero! en buscalla
con tan grande riqueza, que no quiero
tan rica la mujer para domalla.

Dices que me darán mucho dinero
porque me case; lo barato es caro,
recelo que me engaña el pregonero.

Su linaje, me dices, que es muy claro:
nunca para las bodas le hubo obscuro,
ni ya suele ser ese gran reparo.

Muéstrasmela vestida de oro puro;
y como he visto píldoras doradas,
en ella temo bien lo amargo y duro.

Que hermanas tiene y madre muy honradas
cuentas. ¡Oh coronista adulterado!
¿Tú las quieres también emparentadas?

De su buen parecer me has informado,
como si por ventura la quisiera,
por su buen parecer para el letrado.

Que tiene condición de blanda cera:
bien me parece, Polo, pero temo,
que la derrita como á tal cualquiera,

Gentil mujer la llamas por extremo:
¿por gentil me la alabas y prefieres?
sólo ya te faltaba el ser blasfemo.

Nunca salgas, traidor, de entre mujeres,
mujer sea el animal que te destruya,
pues tanto á todas sin razón las quieres.

Déjente ya que goces de la tuya
los que con ella están amancebados:
volvérsete ha en responso la aleyuya.

Y en todos sus adúlteros preñados
hijas dé para todos, y á docenas,
y con ellas te crezcan los cuidados.

Estén las mancebías siempre llenas
de hermanas tuyas, primas y sobrinas,
que deshoren la sangre de tus venas.

Tus desdichas aumenten y tus ruinas
mozas sin plumas y emplumadas viejas;
murmuren de tu vida tus vecinas.

Y pues en mi quietud nunca me dejas
vivir, nunca el alegre desengaño
con la verdad ocupe tus orejas.

¡Mujer me dabas, miserable, hogaño!
pues aunque me heredas, no eligieras
para matarme tan astuto engaño.

¿No ves que en las mujeres, si son fieras,
el hombre tiene lo que no querría,
y adora concubinas y rameras?

Si hermosas son, si tienen gallardía,
no son más del marido que de todos:
la que me traes es tal mercadería.

En ellas tienen fúcares y godos
una acción insolente de gozallas,
por mil ocultos y diversos modos.

¡Felices los que mueren por dejallas,
ó los que viven sin amores de ellas,
ó por su dicha llegan á enterrallas!

En casadas, en viudas ó en doncellas,
tantas al suelo plagas se soltaron
cuantas son en el cielo las estrellas.

Mas, pues, que de mis mañas te informaron,
de mis costumbres y de mis empleos,
y un bruto en mí y un monstruo dibujaron:

Pues que por casos bárbaros y feos,

te dijeron mi vida caminaba
al suplicio derecha sin rodeos;

Que en toda la ciudad se murmuraba
mi disimulación y alevosía,

y qué pérfido el mundo me llamaba;
Que no se vió la desvergüenza mía
en alguacil alguno ni en corchete;
que nadie sus espaldas me confía;

Que he trocado en el casco mi bonete;
el *vade mécum* todo en la penosa,
y del año lo más paso en el brete.

Pues que esto te dijeron, ¿cuál esposa
querrá admitir marido semejante,
si su muerte no busca mariposa?

Ponlá tantos defectos por delante:
dila, en fin, que yo soy un desalmado,
injerto en sotanilla de estudiante;

y aunque hijo de padre muy honrado,
y de madre santísima y discreta,
dítras que me ha traído mi pecado
á desventura tal, que soy poeta.

QUEVEDO.

Epístola:

AL DUQUE DE FRÍAS CON MOTIVO DE LA MUERTE DE LA DUQUESA

¡Desde las tristes márgenes del Sena,
cubierto el cielo de apiñadas nubes,
de nieve el suelo, y de tristeza el alma,
salud te envía tu infeliz amigo
á ti más infeliz!.. Y ni le arredra
el temor de tocar la cruda llaga,
que aun brota sangre, y de mirar tus ojos
bañarse en nuevas lágrimas... ¿Qué fuera
ino llorar el hombre?... Yo mil veces
he bendecido á Dios, que nos dió el llanto

para aliviar el corazón, cual vemos
calmar la lluvia al mar tempestuoso.

Llora, pues, llora; otros amigos fieles,
de más saber y de mayor ventura,
de la estoica virtud en tus oídos
harán sonar la voz; yo que en el mundo
del cáliz de amargura una vez y otra
apuré hasta las heces, no hallé nunca
más alivio al dolor que el dolor mismo;
hasta que ya cansada, sin aliento,
luchando el alma, y reluchando en vano,
bajo el inmenso peso se rendía...

¿Lo crearás, caro amigo?... Llegó un tiempo
en que gastados del dolor los filos,
ese afán, esa angustia, esa congoja,
fruécanse al fin en plácida tristeza;
y en ella absorta, embebecida el alma,
replégase en sí misma silenciosa,
y ni la dicha ni el placer envidia.

Tú dudas que así sea; y yo otras veces
lo dudé como tú; juzgaba eterna
mi profunda aflicción, y grave insulto
anunciarme que un tiempo fin tendría...
Y le tuvo: de Dios á los mortales
es ésta otra merced; que así tan sólo,
entre tantas desdichas y miserias,
sufrir pudieran la cansada vida.

Espera, pues: da crédito á mis voces,
y fiate de mí... ¿Quién en el mundo
compró tan caro el triste privilegio
de hablar de la desdicha?... En tantos años,
¿viste un día siquiera, un solo día,
en que no me mirases vil juguete
de un destino fatal, cual débil rama
que el huracán arranca, y por los aires
la remonta un instante, y contra el suelo
la arroja luego, y la revuelca impio?...

Lo sé: contra los golpes de la suerte,
cuando sólo en nosotros los descarga,
el firme corazón opone escudo;

mas no acontece así... ¿Y acaso piensas
que no he perdido nunca á quien amaba
más que á mi propia vida?... Si un momento
te da tregua el dolor, vuelve los ojos
á un huérfano infeliz, enfermo, triste,
solo en el mundo, sin tener ya apenas
á quien llorar... que á todos en la tumba
unos tras otros los hundió la muerte.

En la misma estación (¿ves? tu desgracia
ha vuelto á abrir mi dolorosa herida)
perdí una madre tierna, idolatrada,
mi dicha y mi consuelo; tras sus huellas
mi triste padre descendió á la tumba;
y abrazados bajaron, de consuno
pronunciando mi nombre, que á lo lejos
sonó en mi corazón, no en mis oídos...
Corrí, volé, llegué; mas ya fué en vano;
la fatal losa á entrambos cobijaba;
y para colmo de pesar y angustia,
jamás encontré la tierra removida!

Tú has hallado, si es dable, más consuelos
en tu grave aflicción... Aunque rebelde
se vuelva contra mí tu pena misma,
por fuerza has de escuchar mi voz severa,
que no aduló jamás á la fortuna,
ni ahora adula al dolor.—Tú en tu desgracia
hallaste mil consuelos, que la suerte
cruelmente me negó: viste á tu esposa
y la cuidaste en su dolencia extrema;
tú recibiste su postrer suspiro;
tú estrechaste su mano; tú la viste
tender á ti los brazos, y cual prenda
en los tuyos dejar su amada hija...

Pero yo propio, sin querer, ahondo
el puñal en tu pecho, renovando
ante tu vista la funesta imagen
de la noche fatal, en que aun luchaba
la vida con la muerte... Ya sus penas
para siempre acabaron: ella misma,
vuelos al cielo los piadosos ojos

se lo rogó en su angustia; y la esperanza
brilló al morir en su serena frente.

¡Oh, si nos fuera dado del sepulcro
penetrar los arcanos!.. ¡Cuántas veces
nuestro acerbo dolor se templaría!
En este mismo instante, en que lamentas
de tu misera esposa el fatal hado,
¿quién te ha dicho, infeliz, que más dichos
no esté gozando de eternal ventura?
¡Callas, y sobre el pecho la cabeza
dejas caer!.. No calles, no: responde:
sondea, si te atreves, el abismo
que de tu amada esposa te separa;
cruza la eternidad; y luego dime
en dónde está, si es misera ó dichosa,
si pide luto ó parabién.

No ha mucho
(á ti contarlo puedo; alegres otros
riyeran de mi triste desvario)
hallándome en la orilla encantadora
del mar Tirreno, la ciudad dejaba,
madre de los placeres, y á Pompeya
la débil planta absorto dirigía...
Fuentes, jardines, quintas y palacios
á mis ojos brillaban; mas la mente
penetraba más hondo, y poco á poco
se iba estrechando el corazón..., las flores
entre lava nacían; y esos pueblos,
hoy ricos, florecientes, ocultaban
otros pueblos felices algún día,
labrados sobre otros que ya fueron.

Llegaba al fin á divisar los muros
de la ciudad desierta; y ya anunciaban
que fué un tiempo morada de los hombres
los sepulcros que orlaban la ancha vía.
A su arribo descansa el pasajero;
que ellos le dan sombra y reposo... Al cabo,
á las puertas tocaba; y en su linde
el vacilante pie se detenía,
cual si temiese profanar osado,

la mansión de los muertos.—Ni un acento,
ni una voz, ni un murmullo... hasta parece
que el eco está allí mudo, y no responde.
Cruzaba lento las estrechas calles
sin huella humana; pórticos y plazas
sin un solo viviente; en pie los muros,
desiertos los hogares; y en los templos
sin víctimas las aras... y aun sin dioses.

¡Qué pequeño, qué misero y mezquino
el mundo ante mis ojos parecía
cuando me hallaba allí!.. Sonrisa amarga
asomaba á mis labios, recordando
la ambición de los hombres, sus venganzas,
sus proyectos sin fin: un breve soplo
sus bienes y sus males como el humo
disipa; y la ceniza á cubrir hasta
una inmensa ciudad, cual leve polvo
cubre un vil hormiguero...

Así abismado
en tristes reflexiones, recorría
aquel vasto recinto silencioso,
cual una sombra vaga entre sepulcros.
Los lazos que me ataban á la tierra
aflojarse sentía; y libre el alma
lanzábase, dejando atrás los siglos,
al espacio sin límites... ¡Si vieras
lo que es la triste vida, comparada
á aquella inmensidad! De cierto, amigo,
cuajadas en tus ojos quedarían
esas copiosas lágrimas que viertes;
y en la tierra fijándolos, tú propio
allí vieras el término á los males,
el descanso y la paz, de que ya goza
la que tú lloras; tú que por el suelo
arrastras como yo la dura carga.

Mas en tanto que el cielo te conceda
volverte á unir á tu adorada Esposa,
consagra á su memoria los instantes
que de ella ausente estás; y su recuerdo
tu corazón anime y en tus labios

resuene siempre su apacible nombre...
Ni cómo de tu esposa olvidarias
el claro ingenio, el alma generosa,
la divina beldad dotes preciados
que rara vez el mundo admiró unidos.

Mas ya te veo hacia el opaco bosque
de cipreses y adelfas caminando,
pendiente de tu diestra una corona
de tristes siemprevivas, y los ojos
apenas alzas, descubrir temiendo
el monumento de perpetua pena
que de tu esposa las cenizas guarda...
Tanto infeliz como acorrió piadosa,
tanto huérfano pobre y desvalido
de que fué tierna madre, los que un día
su bondad y sus prendas admiraron,
en largas filas, silenciosos, mustios,
tus pasos lentamente van siguiendo,
y cercan su sepulcro... ¿No los oyes?
Suyos son los tristísimos sollozos,
suyas las quejas y el confuso llanto
que interrumpen las fúnebres plegarias...
Yo aquí no tengo, para ornar su tumba,
ni una flor que enviarte: que las flores
no nacen entre el hielo y si naciesen,
sólo al tocarlas yo se marchitaran.

MARTÍNEZ DE LA ROSA.

MODELOS VARIOS DEL PARNASO HISPANO-AMERICANO

Méjico:

AUSENCIA

¡Quién me diera tomar tus manos blancas
para apretarme el corazón con ellas,
y besarlas... besarlas escuchando
de tu amor las dulcísimas querellas!

¡Quién me diera sentir sobre mi pecho
reclinada tu lánguida cabeza,
y escuchar, como enantes, tus suspiros,
tus suspiros de amor y de tristeza!

¡Quién me diera posar casto y suave
mi cariñoso labio en tus cabellos,
y que sintieras sollozar mi alma
en cada beso que dejara en ellos!

¡Quién me diera robar un sólo rayo
de aquella luz de tu mirar en calma,
para tener al separarnos luego
con que alumbrar la soledad del alma!

¡Oh, quién me diera ser tu misma sombra,
el mismo ambiente que tu rostro baña,
y, por besar tus ojos celestiales,
la lágrima que tiembla en tu pestaña!

¡Y ser un corazón todo alegría,
nido de luz y de divinas flores,
en que durmiese tu alma de paloma
el sueño virginal de tus amores!

Pero en su triste soledad el alma
es sombra y nada más, sombra y enojos...
¿Cuándo esta noche de la negra ausencia
disipará la aurora de tus ojos?

MANUEL MARÍA FLORES.

Guatemala:

¡YO PIENSO EN TI!

Yo pienso en ti, tú vives en mi mente
sola, fija, sin tregua, á toda hora;
aunque tal vez el rostro indiferente
no deje reflejar sobre mi frente
la llama que en silencio me devora.

En mi lóbrega y yerta fantasía
brilla tu imagen apacible y pura,
como el rayo de luz que el sol envía
al través de una bóveda sombría
al roto mármol de una sepultura.

Callado, inerte, en estupor profundo,
mi corazón se embarga y se enajena,
y allá en su centro vibra motibundo
cuando entre el vano estrépito del mundo
la melodía de tu nombre suena.

Sin lucha, sin afán y sin lamento,
sin agitarme en ciego frenesí,
sin proferir un solo, un leve acento,
las largas horas de la noche cuento
y pienso en ti!

JOSÉ BATRES Y MONTÚFAR.

Cuba:

HIMNO AL SOL,

En los yermos del mar donde habitas,
alza ¡oh Musa! tu voz elocuente:
lo infinito circundá tu frente,
lo infinito sostiene tus pies.

Ven: al bronco rugir de las ondas
une acento tan fiero y sublime,
que mi pecho entiblado reanime,
y mi frente ilumine otra vez.

Las estrellas en torno se apagan
se colora de rosa el Oriente,

y la sombra se acoge á Occidente
y á las nubes lejanas del Sur.

Y del Este en el vago horizonte
que confuso mostrábase y denso
se alza pórtico espléndido, inmenso,
de oro, púrpura, fuego y azul.

¡Vedlo ya! Cual gigante imperioso
alza el sol su cabeza encendida...

¡Salve, padre de luz y de vida,
centro eterno de fuerza y calor!

¡Cómo lucen las olas serenas
de tu ardiente fulgor inundadas!
¡Cuál sonriendo las velas doradas
tu venida saludan, ¡oh sol!

De la vida eres padre: tu fuego
poderoso renueva este mundo:
aun del mar el abismo profundo
mueve, agita, serena tu ardor.

Al brillar la feliz primavera,
dulce vida recobran los pechos
y en dichosa ternura desechos
reconocen la magia de amor.

Tuyas son las llanuras: tu fuego
de verdura las viste, y de flores,
y sus brisas y blandos olores
feudo son á tu noble poder.

Aun el mar te obedece: sus campos
abandona huracán inclemente,
cuando en ellos reluce tu frente,
y la calma se mira volver.

Tuyas son las montañas altivas
que saludan tu brillo primero,
y en la tarde tu rayo postrero
la corona de bello fulgor.

Tuyas son las cavernas profundas
de la tierra insondable tesoro,
y en su seno el diamante y el oro
reconcentran tu plácido ardor.

Aun la mente obedece tu imperio,
y al poeta tus rayos animan;

su entusiasmo celeste subliman,
y le ciñen eterno laurel.

Cuando el éter domina y al mundo
con calor vivificas intenso,
qué á mi seno descendes yo pienso,
y alto numen despiertas en él.

¡Sol! Mis votos humildes y puros
de tu luz en las alas envía
al autor de tu vida y la mía,
al señor de los cielos y el mar.

Alma eterna, doquiera respira,
y velado en tu fuego, le adoro:
si yo mismo ¡mezquino! me ignoro,
¿cómo puedo su esencia explicar?

A su inmensa grandeza me humillo,
sé que vive, que reina y me ama,
y su aliento divino me inflama
de justicia y virtud en amor.

¡Ah! si acaso pudieron un día
vacilar de mí fe los cimientos,
fué al mirar sus altares sangrientos
circundados por crimen y error.

José María Heredia.

Venezuela:

MADRIGAL,

Eché de menos la Aurora,
una vez su luz que doma,
y como día tras día
pálida siempre salía,
dando quejas lastimosas
lloró perdidas sus rosas,
y en encontrarlas se aferra
corriendo cielos y tierra...
Delia, ya sé que es robado
el esplendor con que brilla
y que la Aurora ha encontrado
sus rosas en tus mejillas.

Cecilio Acosta.

Uruguay:

BUEN MODO DE SUBIR

En las nubes escondía
un cerro su alta eminencia:
sobre él un gran roble habla,
y en lo alto de éste tenía
la águila su residencia.

En torno á su majestad
cada alado cortesano
posaba con vanidad,
cuando entre ellos ¡oh maldad!,
vieron un día á un gusano.

«¿Cómo (exclamaron con saña)
sin alas subió hasta aquí
tal bicho de forma extraña?»
Y él respondió: «Yo con maña
y arrastrándome subí.»

F. Acuña Figueroa.

Perú:

AMOR TREN

Este pícaro vapor
imperá en reino tan vasto,
que hasta en el ramo de amor
ha extendido su furor
en pro del tiempo... y del gasto.
—¿Me quieres?—Correspondido.
—¿Y son tus bienes gran cosa?
—Algo como tú.—Concluido;
chica ya soy tu marido.
—Hombre, pues ya soy tu esposa...

Y queda ejecutoriada
la contrata de partida,
como quien no dice nada,
para hacer de una tirada
todo el tirón de la vida.

Que hoy día no se enamora
sino se *engancha* pareja
cual veloz locomotora
que toma un carro á tal hora
y que... á tal otra lo deja.

Así no es extraño ver,
de estos enganches violentos
en el furioso correr,
ya de marido ó mujer
muchos descarrilamientos.

CARLOS G. AMÉZAGA.

Colombia:

ÉXTASIS

Leía y meditaba. Era la hora
en que el alma en la carne se agiganta,
el sol caía en la naciente sombra;
la tarde se apagaba.

Meditaba y mi espíritu subía,
subía como al cielo se alza el águila;
me asomé al infinito y vi tinieblas
y me perdí en la nada.

Sentí hervidero de astros en la sombra,
y pregunté al vacío: «¿Dónde se halla
esa luz creadora que los mundos
de entre el caos levanta?»

Y subía y subía... Lo impalpable
á mis ojos abríase sin vallas;
y en la sombra, sondando el infinito,
mi espíritu flotaba.

De repente la luna alzó su disco,
brotaron las estrellas á miriadas,
y la noche me habló con su silencio,
¡y Dios habló á mi alma!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGA.

Ecuador:

FOTOGRAFÍA

Me asomé á los abismos de mi pecho,
y desiertos y lóbregos los vi;
tanto, niña, que en lágrimas deshecho
horrorizado de mí mismo hui.

Luego admiré tu célica hermosura,
la gracia virginal de tu pudor,
y de mi pecho en la región obscura
sentí desconocido resplandor.

Torné á mirar adentro y hallé impresa
en el alma tu imagen celestial,
estrella que ilumina helada huesa,
flor nacida en estéril cambronal.

Ya un altar en mi pecho has conquistado
y en él tendrás eterna adoración:
allí de hinojos vivirá prostrado
fiel ministro de amor, mi corazón.

MANUEL NICOLÁS ARÍZAGA.

Chile:

NOTAS DE MI ARPA

Circuida está de inmarcesible gloria
la lira de los bardos:

flota la inspiración sobre sus cuerdas
como el vapor sobre el dormido lago.

Si canta al hombre, el hombre la rodea
de triunfadores lauros,
y sus notas dulcísimas ahoga
con el trueno inmortal de los aplausos.

Ráfaga pasajera de armonía,
su acorde soberano
destila embriagadoras ilusiones
sobre el alma que sueña al escucharlo.

Del porvenir el eco misterioso
prolongará sus cantos;

circuida está de inmarcesible gloria
la resonante lira de los bardos.

No así mi flébil arpa, que en las sombras
se agita, suspirando
con tembloroso ritmo, y por los cielos
sus murmullos extiende solitarios.

Puras brisas del mar baten sus cuerdas,
con voluptuoso halago;
la arrulla el bien y en sus canciones nunca
bendijo á la virtud en son profano.

Luz á sus himnos presta esplendorosa
de Dios el nombre santo,
y al par con ellos juguetones vuelan
los radiantes ensueños del pasado.

La voz de mi arpa como incienso sube
por el azul espacio.
¿Qué importa que los hombres la desdénen?
Si Dios la escucha, es inmortal mi canto.

R. CONCHA CASTILLO.

Bolivia:

AL TRABAJO

Es tuya toda gloria en el humano
progreso de la especie, y toda vida;
en la rueda del tiempo, sostenida
la humanidad va siempre de tu mano.

Tú la alimentas con el rubio grano
que da la tierra, por la azada herida,
y está por ti su desnudez vestida
con las brillantes hebras del go ano.

Te debe á ti la humanidad entera
su pan, su luz, su bien, su amor, su ciencia
y cuanta dicha disfrutó aquí abajo.

Por eso en cada surco ella debiera
ensalzar su segunda providencia
á ti glorificándote ¡oh Trabajo!

CLDOMIRO CASTILLA.

República Argentina:

REMEMBER

Pon, cuando muera sobre mi féretro
aquel ramito de flores pálidas,
de albos jazmines y de miosótides
que hallé, ¿recuerdas?, en tu ventana.

Rayo de luna sobre las flores
blanco nenúfar sobre las aguas,
¿por qué me envuelves en tu caricia
y con tu aroma por qué me embriagas?

Tu imagen cruza por mis ensueños
cual esas nubes de ópalo y grana
que por la fúlgida región del cielo
como los cisnes volando pasan.

En la penumbra de los salones
te vi ¿recuerdas?, como las hadas,
toda de blanco, como los lirios,
como los lirios de la montaña.

¿Quién, al mirarte, no fué tu esclavo?:
tu voz es trémula como las arpas,
tu paso es rítmico, paso de diosa
que á son de lira mueve la planta.

Tu cabellera tiene reflejos
de sol poniente, fulgor de llamas;
es el cabello de las princesas,
de las sibilas y de las magas.

Y son tus ojos, ojos de náyade,
ojos que besan con la mirada...
¡Ay del que miran, ay del que besan
tus ojos verdes como esmeraldas!

¡Oh, quién me diera ser tu poeta,
ser tu poeta de rimas áureas,
y por la noche tañer la guzla
en los jardines de Scheherezada!

¡Oh quién me diera besar tus ojos,
tus ojos verdas, tu frente cándida,

tu cabecita llena de sueños,
llena de sueños y de nostalgias!

Pon, cuando muera, sobre mi féretro
aquel ramito de flores pálidas,
de albos jazmines y de miosótidos
que hallé, ¿recuerdas?, en tu ventana.

LEOPOLDO DÍAZ.

Puerto Rico:

EL CANTO DE LA TÓRTOLA

Yo cruzo peregrina la selva hospitalaria
buscando en su recinto las huellas de mi amor:
mi canto es el remedo de fúnebre plegaria...
soy arpa de la noche que vibra de dolor.

Mi pluma que carece de primorosas galas,
revelación patente de mi destino es;
es pardo el cuello mío, y obscuras son mis alas
lo mismo que las hojas marchitas del ciprés.

En un ciprés marchito de la montaña verde
suspenseo está mi nido, mansión de dulce paz,
y en su regazo estrecho mi cántiga se pierde,
como mi angustia acerba, como mi bien fugaz.

Fugaz, lejos, muy lejos huyó mi bien perdido,
mis gratas ilusiones huyeron de él en pos,
rodearon mi existencia las sombras del olvido,
tomaron mis arrullos el aire de un adiós.

Yo soy un haz de plumas henchida de retama,
mi vida es un misterio, un símbolo mi ser,
yo soy una avecilla que tórtola se llama...;
amar es mi martirio, mi sino, padecer.

Por eso al ver las aves, al despuntar el alba,
del seno de los bosques salir de dos en dos,
mi soledad contemplo, y al escuchar su salva,
mientras que cantan ellas, murmuro triste ¡adiós!

M. PADILLA DÁVILA.

República Dominicana:

SUEÑOS

(Fragmento)

Hay en mi patria, tórtola mía
tras esos montes que ves allí
un valle fértil donde á porfia
crecen la adelfa y el alhelí.

Nada más rico que un arroyuelo
joya preciosa de aquel edén;
si quieres dichas en este suelo,
bate las alas, tórtola y ven.

Allí calandrias y ruiseñores
dulces canciones te ofrecerán,
y tus hermanas—que son las flores—
tus negras trenzas adornarán.

Ven cariñosa, tórtola mía
ven á ese prado que yo encontré,
donde hay amores y poesía,
donde no muere nunca la fe.

Todo es hermoso, todo risueño
en la mañana, mi querubín;
y por la noche será tu sueño
sueño de rosas y de jazmín.

En aquel valle, sin más sonido
que el que Natura le ofrece á Dios,
yo, tortolilla, formar mi nido
quiero, tan sólo para los dos.

.....
Ven tortolilla, vente conmigo,
que es aquel valle para los dos
un paraíso sin más testigo
que árboles, fuentes, flores y... ¡Dios!

J. ISIDRO ORTEA.

